



COPI

Una visita
inoportuna

COLECCION
LAS OBRAS Y SUS PUESTAS

EDICION DEL TEATRO MUNICIPAL GENERAL SAN MARTIN

"...lo real nunca ha interesado a nadie. Es el lugar del desencanto, el lugar del simulacro, de acumulación contra la muerte. No hay nada peor. Lo que a veces lo vuelve fascinante es la catástrofe que hay detrás."

Jean Baudrillard

Reparto por orden de aparición

Enfermera: Alejandra Flechner
Cirilo: Jorge Mayor
Huberto: Juan Carlos Puppo
Periodista: Jorge Díez
Regina Morti: Ana María Casó
Profesor: Héctor Malamud

Espectáculo sin intervalos

*Asistente de
escenografía y vestuario:* Juan Mario Roust
Asistente ayudante: Amalia Scheuer
Asistente de dirección: Ana Belén Saint Jean
Dramaturgista: Mercedes Falcón
Técnica vocal: Sergio Tulián
Música original: Luis Reales
Diseño de iluminación: Lito Pastrán
Maricarmen Arnó
Jorge Ferrari
*Diseño de
escenografía y vestuario:* Jorge Ferrari
Dirección general: Maricarmen Arnó

XXXIII escenas de Copi
Traducción de Georgina Botana

Esta obra ha sido coproducida por DAEFA espectáculos

SALA CASACUBERTA

TEMPORADA 1992

ESCENA I - CIRILO y la ENFERMERA.

ENFERMERA: Llegó su nuevo salto de cama.

CIRILO: Yo no encargué ese horror.

ENFERMERA: Es un regalo de su cuñada.

CIRILO: Mi cuñada es capaz de cualquier cosa con tal de arruinarme un cumpleaños.

ENFERMERA: Esta mañana se despertó insoportable. Ni siquiera se comió la medialuna. ¿Tomó las píldoras?

CIRILO: Sí.

ENFERMERA: ¿Todas? ¡Pero se retocó la tintura! Con razón estuvo una hora en el baño.

CIRILO: ¿Y a usted qué le importa?

ENFERMERA: ¿Está esperando al rubiecito que le trajo las rosas en navidad?

CIRILO: ¡Le prohíbo entrometerse en mi vida privada!

ENFERMERA: Lo dije para divertirlo. Quédese un minuto quieto que lo tengo que pinchar.

CIRILO: ¿Otro goteo en la vena?

ENFERMERA: Hoy es día de Suramina. Espero que haga venir a su sirvienta. Estoy harta de recoger las sobras de sus reuniones sociales. Nunca se había visto nada igual en este hospital. Usted es la Sara Bernhardt de la Asistencia Pública.

CIRILO: Habla como un homosexual.

ENFERMERA: A veces me pregunto si no hubiera sido mejor nacer homosexual. Usted se manejó muy bien en la vida.

CIRILO: ¡La adoro! ¡Cuando salga de aquí la voy a llevar a todos los grandes modistos! Usted es mi ideal femenino!

ENFERMERA: No es el primero que me promete un Perú para cuando salga del hospital. Mejor sería que me pusiera en su testamento.

CIRILO: No le dejaría más que deudas. ¡Me está lastimando!

ENFERMERA: ¡Es que tiene las venas en un estado!

CIRILO: ¡Cómo quiere que las tenga si no deja de pincharme!

ENFERMERA: ¡Listo! Cuidadito con arrancarse la aguja que hoy está sobreexcitado. Le voy a agregar una pizca de Vallum al goteo.

CIRILO: ¡No quiero tranquilizantes químicos! Prefiero fumar mi opio. Enciéndame el narguile.

ENFERMERA: Le va a subir la fiebre.

CIRILO: Adoro tener unas líneas de fiebre.

ENFERMERA: ¡Podría darme a probar alguna vez!

CIRILO: ¡De ninguna manera! Quedaría incapacitada para esgrimir una jeringa.

ENFERMERA: ¡Déme un poquito! Lo pruebo este fin de semana con mi marido.

CIRILO: ¡Tome! Pero con mucho cuidado... Hay que comenzar poniendo una bolita del tamaño de una cabeza de alfiler. Si no, puede llegar a sentirse muy mal.

ENFERMERA: ¡Es bueno para hacer el amor?

CIRILO: Para eso es la garantía del fracaso.

ENFERMERA: Entonces a mi marido no se lo doy. Me lo fumo sola. Le voy a decir una cosa, si usted todavía está vivo es sobre todo gracias a mí. Soy yo quien se merece todos esos regalos de cumpleaños.

CIRILO: Ya le regalé todas mis perlas.

ENFERMERA: El salto de cama que le regaló su cuñada... si no le gusta.

CIRILO: ¡No me diga que usted se pone semejantes cosas!

ENFERMERA: Bien que me gustaría quedarme en casa y pasearme todo el día en salto de cama, pero no tengo tiempo. Es para regalárselo a mi marido que está todo el día preparándose comiditas.

CIRILO: Su marido es raro. Debería presentármelo.

ENFERMERA: No señor, mi marido es para mí sola (*golpea la puerta*). Su amigo llega temprano hoy.

CIRILO: ¿Qué amigo? ¿Huberto? Dígale que me estoy muriendo, que vuelva otro día!

ENFERMERA: Si le digo eso se va a quedar esperando el descanso.

CIRILO: ¡Dígame que ya estoy muerto! Que acabo de salir para la morgue!

ESCENA II - CIRILO, la ENFERMERA y HUBERTO entrando.

CIRILO: ¡Demasiado tarde! ¡Huberto! ¿Qué lo trae tan temprano?

HUBERTO: Quería ser el primero en desearle un feliz cumpleaños. Me he permitido traerle este regalo.

CIRILO: ¡Otra robe de chambre! Marijó, mire este broderie. ¡Lo contento que se va a poner su marido!

ENFERMERA: ¡Esta es demasiado hermosa! Me la guardo para mí. *(safe)*

ESCENA III - CIRILO y HUBERTO.

CIRILO: Bueno mi querido Huberto, ¿cómo marcha el mundo desde que me retiré de él?

HUBERTO: Gira maestro, gira.

CIRILO: ¡Si pudiera detenerlo! ¿Y qué hace de sus veladas desde que no estoy yo para entretenerlo?

HUBERTO: Nada maestro. Buenos Aires ya no es la capital de antes. Desde que cerraron "El Tropezón" no se sabe qué hacer después de los espectáculos. Por otra parte, tampoco hay espectáculos. Y los bares que quedan ya no son punto de reunión de galanes del tercer sexo ni de la tercera edad. Uno puede siempre pasearse por la Panamericana, pero tengo miedo que peligre mi vida. Por lo menos aquí no se corre ningún riesgo. Usted tiene la suerte de tener SIDA.

CIRILO: Huberto: siempre la frase oportuna.

HUBERTO: Es la verdad. Le tengo envidia. ¡Tengo terror de llegar a viejo! ¡Si ya no sé qué hacer con mis días!

CIRILO: ¡Váyase a vivir al Caribe! Con su fortuna, puede reinar sobre una corte de efebos que le espanten las moscas con hojas de bananero.

HUBERTO: Lo pensé alguna vez. Pero temo sentirme demasiado lejos de mis amigos.

CIRILO: Sus amigos están todos muertos.

HUBERTO: Me queda usted, maestro.

CIRILO: Pero no por mucho tiempo. Y cuando yo también haya muerto, ¿qué va a hacer de sus horas?

HUBERTO: Iré a la Recoleta.

CIRILO: ¿Y quién le dijo que yo voy a estar ahí?

HUBERTO: Todo el mundo está ahí.

CIRILO: Justamente por eso.

HUBERTO: ¿Pero, dónde piensa ir, entonces?

CIRILO: No se lo pienso decir. No tengo la intención de comunicar a nadie mi próximo domicilio.

HUBERTO: Pero, ¿y el mausoleo?

CIRILO: ¿Qué mausoleo?

HUBERTO: No quise decírselo, pero usted ya es poseedor de un mausoleo en la Recoleta. Maestro: me he permitido ese obsequio póstumo.

CIRILO: Huberto: lo detesto.

HUBERTO: Compré la parcela que está justo frente a Paravicini. Ardo en deseos de mostrarle las fotos aéreas de la obra. *(Le da una foto).*

CIRILO: ¿Y esto qué es?

HUBERTO: Su estatua, maestro.

CIRILO: ¡Me hace arrasar esa monstruosidad hasta la última piedra!

HUBERTO: Quizás hubiera preferido el cementerio de Flores que es más íntimo?

CIRILO: ¡No quiero que me entierren en ninguna parte!
¡No pudo conmigo en el colegio secundario, no crea que
me va a arrinconar cuando esté muerto! ¡Viejo necró-
filo!

ESCENA IV - CIRILO, HUBERTO, la ENFERMERA entrando.

ENFERMERA: Hoy sí que está en forma. Se lo oye vociferar
desde la cocina. Un periodista quiere verlo.

CIRILO: ¿Tiene cámaras fotográficas?

ENFERMERA: No, lo revisé.

CIRILO: ¡Huberto, mi espejo de mano! Le permito asistir a
la entrevista siempre que no diga una palabra sobre mi
edad. Sobre todo no comente que ya era conocido antes
de la guerra.

HUBERTO: Nadie lo conocía antes de la guerra.

CIRILO: ¡Razón de más! Usted me conoció en brazos de
mi madre cuando era compañero de mi padre durante
la resistencia al derrocamiento de Yrigoyen. ¡Que entre!

ESCENA V - CIRILO, HUBERTO, la ENFERMERA y el PERIODISTA
entrando.

ENFERMERA: Señor Huberto: haga los honores de dueña de
casa. Estoy desbordada de trabajo y es la hora de mi re-
corrida. Las bebidas están en la heladera.
(La enfermera sale).

ESCENA VI - CIRILO, HUBERTO, el PERIODISTA.

CIRILO: Joven, acérquese sin temor, no corre ningún ries-
go besándome la mano. No tengo nada contagioso, apar-
te de los vicios del espíritu. Huberto: un asiento. ¿Cómo
se llama usted?

PERIODISTA: Juan Marcos, señor.

CIRILO: ¿Nadie le dijo que se parece a un Boticcelli? Pero
sí. Un Boticcelli que está en Verona, un pastorcillo vesti-
do con una piel de cordero, en la tercera fila, un poco a
la izquierda de la virgen. ¿No es así, Huberto?

HUBERTO: Es su retrato. Un Boticcelli exacto.

CIRILO: ¿Beberá con nosotros una copa de vinillo bianco
di Verona que no hubiera desdeñado el mismo Boticc-
lli? Huberto: que nos sirvan. Dígame primero cuál es el
tema de la entrevista. Le advierto: no puedo permitirme
abordar cualquier tema. Mi madre ignora que soy homo-
sexual.

HUBERTO: ¡Pero claro que lo sabe!

CIRILO: ¡Esta entrevista la concedo yo!

HUBERTO: Caro Boticcelli, una cascarilla de naranja con
su vino bianco?

PERIODISTA: Con mucho gusto, gracias.

HUBERTO: Vamos, maestro, todo el mundo sabe que usted
es homosexual.

CIRILO: ¡Menos mi madre!

HUBERTO: Lo sabe desde su más tierna infancia. Una ma-
dre no se engaña jamás.

ESCENA VII - CIRILO, HUBERTO, el PERIODISTA, la ENFERMERA entrando.

ENFERMERA: ¡Lindo ambiente este! El goteo baja demasiado rápido porque usted se sacude como una verdulera de feria. Sabe que tiene el corazón débil, pero cada vez que ve un joven, se me pone al borde del infarto. También hay una dama que quiere verlo.

CIRILO: ¿Una dama aquí? No puede ser más que mi cuñada. Dígale que su robe de chambre es un horror y que no tengo intenciones de recibirla.

ENFERMERA: No es su cuñada.

CIRILO: ¿Entonces para qué quiere verme? Para empezar, ¿quién es? Esta mujer tendrá seguramente un nombre. ¡Ah, su tarjeta! ¿Regina Morti? ¿Es italiana?

ENFERMERA: No sé.

HUBERTO: ¿No será esa cantante de ópera que frecuentó en Verona antes de la guerra?

CIRILO: Regina Morti. ¡Pero eso quiere decir la Reina de los Muertos! ¿Qué nombre tan macabro, no?

HUBERTO: Pero un excelente seudónimo para la ópera.

CIRILO: ¿Tiene aspecto de cantante de ópera?

ENFERMERA: Ignoro qué aspecto tienen las cantantes de ópera.

HUBERTO: ¿Es una dama imponente?

ENFERMERA: En todo caso esa no tiene miedo que le arranquen los brillantes en el subte.

HUBERTO: Cantante de ópera, sin duda.

CIRILO: Odio las cantantes de ópera. Es imposible hacer-

las callar, y si además ve un periodista aquí va a intentar robarme el reportaje. Que entre. Ya sabré defenderme. (Sale la enfermera).

ESCENA VIII - CIRILO, HUBERTO, el PERIODISTA

CIRILO: Mi estimado Juan Marcos... Pero resulta tan banal, Juan Marcos. ¿Puedo llamarlo Gianmarco?

PERIODISTA: Por supuesto, señor.

CIRILO: Gianmarco Boticelli, estoy tan contento de tenerlo a mi lado. Posee usted la belleza serena de una obra de arte del Rinascimento Italiano. Le ruego no sea malo conmigo en su entrevista. Se han propagado tales locuras acerca de mi supuesto mal carácter. Hasta se dice que tengo la costumbre de abofetear a mis partenaires y aunque la verdad es que, a veces se siente la necesidad de descargar los nervios entre bambalinas, nunca he maltratado a un colega en el escenario.

ESCENA IX - CIRILO, HUBERTO, el PERIODISTA y REGINA MORTI entrando

CIRILO: Señora Regina Morti. ¡Pero si es Regina! Mi querida Regina, qué idea conmovedora la de pasar a verme! He leído en alguna parte que estaba por pocos días en Buenos Aires con "Carmen"... o eso fue la temporada pasada? Le presento a Gianmarco, un joven argentino adorable, y a Huberto, un compañero de armas de mi padre.

HUBERTO: Huberto Martini.

CIRILO: Huberto, ayude a Regina a quitarse el abrigo. Mi querido Gianmarco, tiene ante usted a la poseedora del órgano más poderoso del mundo. Regina, hágame oír una vez más las últimas notas del Brindis de "La Traviata".

REGINA: (Canta)

ESCENA X

ENFERMERA: ¿Qué pasa acá? ¿Despiertan a todo el piso!

CIRILO: ¡Brava! ¡Bravísima! ¡Sei una divinità! ¡Un negroni per Regina! Marijó, no la he llamado. ¡Vaya a ocuparse de sus enfermos!

ENFERMERA: ¡El enfermo va ser usted si sigue agitándose así! No olvide que la semana pasada estuvo en coma. Veámos la presión arterial. ¡Pero si va a estallar!

REGINA: Señorita, ¡no tengo costumbre de hacer estallar a mi público!

ENFERMERA: ¡Cállese la boca! ¡Aquí soy yo la que manda! ¡No se me antoja practicar una reanimación a la hora del almuerzo! Me voy, pero cuidado: si sigue el escándalo prohíbo las visitas. ¡Está claro? *(La enfermera sale)*.

ESCENA XI - CIRILO, HUBERTO, el PERIODISTA, REGINA MORTI

CIRILO: ¡Ya ve como me tratan aquí, estimada Regina! ¡Y pensar que esta mujer sin corazón será quien recoja mi último suspiro!

REGINA: ¡Confiese a mí, lobezno querido, yo lo protegeré contra esta enfermera malvada! Desde que supe que pronto traspasaría al más allá, decidí abandonarlo todo para estar a su lado hasta el "grande finale". ¡Anulé todos mis contratos! Conservo todavía esta nota que me envió cuando la premiere de "Tosca" en la Scala de Milano: Heh! aquí "Regina ti amo, Regina ti amo". Desde entonces no lo había vuelto a ver, ¡pero sabía que nos reencontraríamos un día! El Obispo de Génova, que es primo mío, espera un golpe de teléfono para reunirse con nosotros.

CIRILO: No puedo casarme con usted, mi querida Regina. Tengo SIDA.

REGINA: ¡Qué mal sublime! ¡Qué apoteosis sucumbir ante el peso de tantas aventuras escandalosas! ¡Qué fin maravilloso para un verdadero artista! Y qué destino para el día de su funeral. Señor Martini: ¿no tendría alguna sobra en la heladera? Necesito tranquilizar el diafragma. ¡Un pollo! Pero un pollo entero es demasiado, con la mitad me basta.

CIRILO: Es mi pollo, Huberto. Que coma salmón.

REGINA: ¿Salmón? ¿Salmón rosado? No hay nada mejor para conservar la frescura del diafragma. Pero veo que también tienen rosbif. Los tratan bien en Salud Pública. De haberlo sabido me hubiera ahorrado fortunas en el Plaza cada vez que vengo a Buenos Aires. Tomaré una suite en este mismo pabellón.

CIRILO: El hospital desborda.

REGINA: No se haga el lobo feroz. ¿Es así como me recibe después de esta larga ausencia? Con una escena doméstica?

CIRILO: ¡Nunca le envié esa nota ridícula! ¡Y le agradeceré ponga término a su visita tan pronto haya terminado de comer!

REGINA: ¿No me va a preguntar siquiera por el monto de mi dote?

CIRILO: ¡Me toma por un gigoló, especie de vieja zorra!

REGINA: ¡No es usted el gigoló, sino quienes lo arruinaron! ¡Todos sus viejos decorados han sido rematados!

CIRILO: ¿Y qué quiere que haga con su dinero en mi estado?

REGINA: ¡Le construiré el piú bel panteón del mundo en el Cementerio de Génova, a pico sobre el Mediterráneo!

CIRILO: Gracias, parece que tengo uno en La Recoleta.

REGINA: ¡No va a comparar La Recoleta con el Cementerio de Génova!

HUBERTO: Perdóneme, estimada Regina, pero soy yo quien se ocupa de este asunto y mi respuesta es NO. A la bóveda de La Recoleta no le faltan más que los últimos toques. En realidad ya es habitable.

REGINA: Pero podría pasar los veranos en Italia. ¡Un panteón sobre la bahía de Génova, el piú bel tramonto al mondo!

CIRILO: Aborrezco la bahía de Génova.

HUBERTO: Ya ve, mi estimada Regina, su propuesta no tiene posibilidades de ser tomada en consideración. Y debo comunicarle que está terminantemente prohibido que los muertos viajen durante las vacaciones; por otra parte no es muy aconsejable; pueden asustar a los escolares en viaje.

CIRILO: Huberto, dejen de discutir y déje su abrigo.

REGINA: ¡Oh! mi amor, ¡en qué profunda angustia me arroja su desprecio! ¡Y yo que esperaba que compartiéramos la paz y la felicidad al final de una vida fogosa, yo que anhelaba llevar su duelo como un estandarte del genio histriónico! ¡A qué abismo profundo me he precipitado! ¡En qué infierno de sombras me sume su indiferencia!

CIRILO: No se porte como una viuda histérica, señora. Tome su abrigo y corra a lo de su siquiatra.

REGINA: ¡Antes que abandonarlo prefiero poner fin a mis días en su presencia! ¡Dónde está el cuchillo del rosbi? ¡Oh! ¡Sol de mi vida, mírame por última vez a los ojos! ¡Si su voluntad es que deje de existir, le obedeceré!

ESCENA XII - CIRILO, HUBERTO, el PERIODISTA, REGINA MORTI y la ENFERMERA entrando.

ENFERMERA: Diga señora, ¿se cree que está en el Colón? ¡Deme ese cuchillo que es peligroso!

CIRILO: Llega a tiempo, Marijó. La signora Morti ha terminado su visita. Puede acompañarla a la salida.

ENFERMERA: ¡Vamos, afuera que me enojo!

REGINA: *(Desmayándose en brazos del periodista)* ¡Addio, mondo crude!

CIRILO: ¡En mi cama no!

ENFERMERA: ¿Pero qué le pasa? ¡Parece que se está ahogando! ¡Se pone azul! ¡Se tragó algo! *(al periodista)* Usted, que tiene los dedos largos, trate de metérselos en la garganta. ¿Qué es eso?

PERIODISTA: Es una pata de pollo.

CIRILO: ¿Se había tragado una pata de pollo?

HUBERTO: ¡Como las boas!

CIRILO: Líévenla a Primeros Auxilios. Rápido, antes que despierte.

REGINA: ¿Oh profunda noche del 'infortunio!

ESCENA XIII - CIRILO, HUBERTO, el PERIODISTA, REGINA MORTI desmayada, la ENFERMERA y el PROFESOR entrando.

CIRILO: ¡Mi estimado profesor!

PROFESOR: Estimado maestro, me he permitido traerle unos marrons glacés. Hace dos años que está en mi servicio.

CIRILO: ¡Qué encantadora idea haber pensado en el cumpleaños de mi SIDA! ¿Cómo estoy mi estimado profesor?

PROFESOR: ¿Cómo se siente usted?

CIRILO: Muy angustiado. Temo morir antes de haber interpretado "Ricardo III".

PROFESOR: No hay problema, puede montar sus espectáculos en el hospital, como el Marqués de Sade. Conseguiré que le presten algunos enfermos del Borda. No es necesario decirle cuál sería mi emoción si me diera algún papelito, aunque fuera como extra.

CIRILO: Lo pensaré, estimado profesor. Pero quiero hacerle una pregunta: ¿cuándo voy a salir de aquí?

PROFESOR: ¡No pensará abandonarnos! La ciencia tiene exigencias tan imperativas como el teatro. Debiera enorgullecerse de sus reiterados triunfos sobre la muerte. Es usted un héroe en este templo de la ciencia. ¿Cree usted que la muerte verdadera que le acecha tiene algo que envidiar a la muerte que se envuelve en negras vestiduras en un escenario?

CIRILO: Le agradezco mucho su amor por el teatro; pero... ¿cuándo voy a morir?

PROFESOR: ¿Qué le están dando hoy?

CIRILO: Un litro de Suramina, como todas las semanas y mil millones de unidades de Interferón por mes, sin contar con lo cotidiano.

PROFESOR: Bien, muy bien. Señora Bongó: la historia clínica del enfermo. ¿Algún accidente de salud en los últimos días?

CIRILO: Dos paros cardíacos y un coma.

PROFESOR: Bien, muy bien.

ENFERMERA: ¡Qué día profesor! Esta señora desmayada y no está siquiera internada. Tampoco hay cama para ella.

PROFESOR: ¡Arrégleselas! Bien, muy bien. ¿Pero qué digo muy bien? ¡Demasiado bien!

CIRILO: ¿Cómo que demasiado bien?

PROFESOR: Es que dentro de la realidad, usted ya debería estar muerto.

CIRILO: ¿Ya debería estar muerto?

PROFESOR: Ha vivido por lo menos seis meses de más.

CIRILO: ¿Está seguro?

PROFESOR: Señora Bongó, hágale al enfermo una extracción de sangre en el otro brazo. Debemos investigar las causas de este exceso de salud. Si no, habrá que creer en un milagro.

CIRILO: Espero que no me obliguen a convertirme. Y menos aún a ir de rodillas a Luján.

PROFESOR: No tema. Sería solamente un milagro de la ciencia.

CIRILO: ¿Entonces me curarán?

PROFESOR: Todo lo contrario, todo lo contrario. ¿No le estoy diciendo que ya debería estar muerto?

CIRILO: Me tranquiliza. Pero volvamos a mi primer pregunta: ¿Cuándo voy a morir, dentro de la realidad?

PROFESOR: ¡Nunca morirá, querido maestro! ¡Su nombre nos sobrevivirá a todos!

CIRILO: No hablo de mi nombre. Hablo de mí.

PROFESOR: Vivirá lo que viva su SIDA. Ya cumplió dos años, volveremos a hablar en su próximo cumpleaños. Vendré a verlo mañana, como todas las mañanas.

HUBERTO: ¿Compartiría con nosotros nuestro almuerzo, mi querido profesor? Nos preocupamos mucho por lo que debe verse obligado a comer en la cantina del hospital.

PROFESOR: Gracias, gracias, sería un placer, pero temo no tener tiempo. Debo practicar una lobotomía dentro de quince minutos.

HUBERTO: ¿Una lobotomía a un enfermo de SIDA?

PROFESOR: La lobotomía es mi hobby. Sólo lo practico los domingos. ¿Pero qué veo ahí? ¿Una pata de pollo?

HUBERTO: Esa no, profesor. Sírvasse mejor esta, que es de primera mano.

PROFESOR: ¡Y un rosbif! ¡No creo en lo que ven mis ojos! ¿Es verdadero caviar?

HUBERTO: Le prepararé una bandeja para un pequeño picnic antes de su lobotomía.

PROFESOR: No quisiera vaciarles la heladera...

HUBERTO: No tiene importancia. Repetiremos el mismo pedido a La Emiliana. ¿No es así maestro?

CIRILO: Absolutamente. Llévese todo, estimado profesor.

PROFESOR: Señora Bongó, ayúdeme a transportar estas delicias a mi escondite en la sala de operaciones. Voy a picotear durante la pausa.

ENFERMERA: No soy su mucama.

PROFESOR: ¡Desde que se casó, está intratable, señora Bongó! ¡Andando!

ENFERMERA: ¿Y qué hago con la cantante de ópera?

PROFESOR: Siempre hay una solución para todo.
(Salen la ENFERMERA y el PROFESOR)

ESCENA XIV - CIRILO, HUBERTO, el PERIODISTA y REGINA MORTI desmayada.

CIRILO: Huberto, usted sabe muy bien que La Emiliana no tiene reparto los domingos.

HUBERTO: Tenemos los marrons glacés del profesor.

CIRILO: No pienso alimentarme exclusivamente de marrons glacés.

ESCENA XV - Los mismos y la ENFERMERA.

ENFERMERA: Ya es mediodía. ¿Le interesaría una bandeja con el almuerzo del hospital?

CIRILO: ¿Qué hay hoy?

ENFERMERA: Zanahorias ralladas y hamburguesas hervidas con fideos. Hoy, por ser domingo, tiene derecho a dos postres: un quesito fundido y un yogurt sabor futila.

CIRILO: Es repulsivo.

HUBERTO: Debe ser muy sano porque no huele a nada.

CIRILO: Entonces se lo come usted. Páseme los marrons glacés.

ENFERMERA: ¡Arréglense solos!
(La ENFERMERA sale)

ESCENA XVI - CIRILO, HUBERTO, el PERIODISTA y REGINA MORTI desmayada.

PERIODISTA: Señor, puedo salir del hospital y comprar algunos comestibles.

CIRILO: ¿Pero todavía está aquí? ¿Nunca dice nada?

PERIODISTA: No tuve ocasión, señor.

CIRILO: ¿Y eso es todo lo que puede decir? Si llega a publicar una sola palabra sobre lo que ha visto u oído aquí, lo maldeciré desde la tumba.

PERIODISTA: Tendré mucho cuidado, señor.

CIRILO: ¿Por qué no me llamas maestro?

PERIODISTA: No tengo la costumbre, maestro.

CIRILO: ¿Se siente intimidado? ¿Nunca había conocido una loca sublime en su vida privada?

PERIODISTA: Maestro: debería usted olvidar esa mala costumbre de maltratar a los periodistas. Hace un momento lo comparaba con un Boticelli.

CIRILO: ¿Yo comparar a este monstruo con un Boticelli? Mi pobre amigo, pertenece usted a una generación de hombres sin encanto. Huberto: muéstrele una fotografía mía a su edad.

HUBERTO: ¿Cuál?

CIRILO: Muéstrele mi fotografía en el papel de Hamlet.

HUBERTO: ¡Pero usted interpretó Hamlet a todas las edades!

CIRILO: No importa a qué edad.

HUBERTO: No encuentro ninguna de Hamlet. Pero aquí hay una vestido de mayordomo. Seguramente "La Malquerida", porque está junto Margarita Xirgu.

CIRILO: Corte a la Xirgu y muéstrele solamente la mía. No incline la cabeza para mirar la foto, levante la foto algo por encima de su mirada. La cabeza un poco más atrás. Huberto: alcáncele mi espejo de mano. Con la otra mano, por favor. Levante ligeramente las cejas... un poco más... adelante el mentón como yo en la fotografía... Ahora tiene un perfil teatral. Si tuviera tiempo para darle algunas clases, sacaría un actor interesante.

PERIODISTA: Quizás me falte vocación, maestro.

CIRILO: No lo decía más que para alagarlo, porque en realidad parece una bolsa de papas. Es usted un blando y un voyeur como todos los periodistas. Le hice hacer el ridículo con sólo tres frases. Se acabó la entrevista. Puede retirarse.

ESCENA XVII - CIRILO, HUBERTO, el PERIODISTA, REGINA MORTI desmayada y la ENFERMERA entrando.

ENFERMERA: ¡Otro regalo de su cuñada!

HUBERTO: ¡Un helado de Saverio!

ENFERMERA: ¡Nunca vi un helado de ese tamaño! ¡Su cuñada es una verdadera aristócrata! El profesor me dijo que, por ser su cumpleaños, lo desenchufara antes (*le retira la perfusión*) Así puede acercarse al helado.

CIRILO: ¿El profesor lo vio llegar?

ENFERMERA: ¿Al helado? Hasta le pasó el dedo.

CIRILO: Huberto: tendremos que encontrar el medio de abastecernos en secreto.

ESCENA XVIII - Los mismos más el PROFESOR.

PROFESOR: ¡Helo aquí liberado de sus cadenas, estimado maestro!

CIRILO: ¿Cómo agradecérselo, estimado profesor?

PROFESOR: ¿Cómo agradecerle yo ese soberbio rosbif? ¡Tierno como una manteca!... Pero veo que se aprestan a los postres. ¡Y yo que no tendré tiempo ni de probarlos! Debería estar ya con el equipo operatorio, pero mi paciente se volatilizó; me pregunto a dónde habrá ido a parar.

CIRILO: Huberto: cucharitas para el helado.

PROFESOR: Una cucharada sopera es suficiente para mí, gracias... Mmmm... ¡Helado de fresas salvajes! Me recuerda al perfume de mi niñera en Mar del Plata... Mi primer triciclo... los tablones de la rambla... crac... crac... y la vecinita, ¿cómo se llamaba?... ¡era tan linda! ¡con sus trencitas en su triciclo! Lili, se llamaba Lili... Mmmm... ¡Qué artista este Saverio!

ENFERMERA: Profesor, ya sabe lo que pasa los domingos en la guardia. Su paciente debe haber ido a parar a la maternidad.

PROFESOR: Me sorprendería mucho. Ya estaba anestesiada en el corredor hace menos de una hora. Yo mismo la vi.

ENFERMERA: ¿Está seguro? Esta mañana recogieron los muertos de la semana y pueden habérsela llevado también.

PROFESOR: Señora Bongó, ese es asunto suyo. Dondequiera que esté la necesito enseguida en la mesa de operaciones. ¡Es una orden!

ENFERMERA: La morgue no abre los domingos por la tarde.

PROFESOR: ¡Arrégleselas, Señora Bongó! ¡Consiga las llaves de la morgue!

CIRILO: Usted ha perdido una paciente, Profesor, y yo he ganado otra. Qué debo hacer con esta mujer histérica que está en mi cama. No tengo la menor intención de conservarla indefinidamente.

PROFESOR: ¿Una histérica? ¡Pero si es mi paciente! ¿Cómo llegó aquí? ¡No está bien haber metido a mi paciente en su cama, maestro!

CIRILO: ¿Haberla metido en mi cama? ¡Pero si hace una hora que pido que se la lleven!

PROFESOR: ¿Oyó, Señora Bongó?

ENFERMERA: Los camilleros están comiendo.

PROFESOR: No importa, la llevaremos nosotros *(al PERIODISTA)* Joven, déme una mano.

REGINA: Me siento transportada al nirvana... ¡Oh! noble amor, espérame... te amaré más después de mi lobotomía...

CIRILO: Estimado profesor, ¡no olvide curetearle bien el cráneo!

(La ENFERMERA, el PROFESOR y el PERIODISTA salen transportando a Regina Marti desmayada)

ESCENA XIX - CIRILO y HUBERTO.

CIRILO: ¡Huberto, lo he conquistado!

HUBERTO: ¿A Boticelli? Está a sus pies, maestro.

CIRILO: La vieja técnica sigue dando resultados. Un golpe

de seducción; una caricia, un arañazo. Ya no queda más que empujarlo al amor enloquecido. Esta noche me juego el todo por el todo. ¿Están aquí todavía la chaqueta de gamuza con flecos y el echarpe indio de Cerrutti?

HUBERTO: Toda la ropa de calle está en su casa.

CIRILO: ¿Cómo? ¿Es que no tengo nada que ponerme para salir de aquí?

HUBERTO: Nada, maestro.

CIRILO: Huberto, nunca había observado que tenemos casi la misma talla.

HUBERTO: Me sorprendería mucho.

CIRILO: Su corte está pasado de moda, pero servirá.

HUBERTO: ¿Quiere mi traje? ¿Y yo?

CIRILO: Usted estará dormido en mi cama. Alguien tiene que quedarse para engañar a la enfermera de la noche.

HUBERTO: ¿Y si me ponen el goteo?

CIRILO: Naturalmente que se lo pondrán. ¡No me diga que le tiene miedo a una aguja!

HUBERTO: La sola idea me hace temblar.

CIRILO: Lo creía un amigo leal, Huberto.

HUBERTO: Maestro, sabe que soy capaz de cualquier cosa por usted, pero...

CIRILO: ¡Vamos, rápido, sus pantalones! Usted póngase estos, los de mi pijama.

HUBERTO: ¡Pero entonces me verá las piernas!

CIRILO: ¡Por lo menos una vez en la vida tenía que verlas!

HUBERTO: ¡Me muero de vergüenza!

CIRILO: Sus piernas son como me las imaginaba.

ESCENA XX - CIRILO, HUBERTO, la ENFERMERA y el PERIODISTA entrando.

ENFERMERA: Señor Huberto: vístase. Ya sabe que eso está terminantemente prohibido aquí. ¡Nos van a echar a todos! Por esta vez voy a hacer como si no los hubiera visto, ¡pero cuidado con la próxima!

HUBERTO: Gracias, Marijó. Mi suplicio ha terminado.

ENFERMERA: ¡Pobre señor Huberto! ¡A su edad!

PERIODISTA: Logré recuperar el caviar, maestro. Quedó un poco...

CIRILO: Muchacho mío, es usted un verdadero sabueso. Huberto, ¿a qué hora tiene intenciones de preparar la mesa?

ENFERMERA: Es la primera vez que voy a probar caviar y sin embargo nací en la calle Cavia y a mi mamá le gustaba escabiar. ¿Es raro, no?

CIRILO: Nadie la invitó, que yo sepa. ¡Váyase a comer su propio almuerzo, como todos los mediodías!

ENFERMERA: Pero hoy es su cumpleaños.

CIRILO: Bueno, una sola cucharada. El caviar no crece en los árboles.

ENFERMERA: ¡Qué asco! Parece alimento balanceado para perros.

HUBERTO: ¿Una cucharada, Boticelli? Marijó, ¿una copa de vino blanco?

ENFERMERA: Gracias, para bajar esta porquería. No me lo van a creer, pero el opio no me hizo ningún efecto. No está mal el periodista, se parece a mi marido, pero en blanco.

CIRILO: ¡Marijó, está drogada! ¡Le advertí que no fumara antes de llegar a su casa!

VOZ DEL PROFESOR: Señora Bongó, ¡la anestesia!

VOZ DE REGINA: ¡Oh, amore! ¡Dal profundo abisso dell'inconsciencia penso a té!

ENFERMERA: Diga, cuando uno fuma opio, ¿ve verde a todo el mundo?

CIRILO: ¡Si ve verde a todo el mundo es porque tiene la imaginación de una oruga! ¡Para eso no valía la pena que se fumara mi opio!

VOZ DEL PROFESOR: Señora Bongó, el bisturí, Señora Bongó, ¡el tirabuzón!

ENFERMERA: Tanto mejor si me convertí en oruga. ¡Amo el verde mundo!
(La ENFERMERA sale)

ESCENA XXI - CIRILO, HUBERTO, el PERIODISTA.

CIRILO: ¡Por fin solos! Huberto, pónganos algo de música ligera y entrecierre las persianas.

HUBERTO: ¿Qué le parece un vals vienés?

CIRILO: Ponga algo de los Beatles, soy fanático de los años sesenta.

HUBERTO: Creía que detestaba todo eso.

CIRILO: Mi estimado amigo, si quiere ir a visitar a su prima de San Isidro, sería tiempo de ponerse en camino.

HUBERTO: Mi prima de San Isidro murió.

CIRILO: Alguien debe quedar vivo entre sus amistades...

HUBERTO: Nadie, maestro.

CIRILO: Entonces, váyase a La Recoleta a vigilar la construcción de mi mausoleo. ¡No se me quede todo el día pegado!

HUBERTO: Voy a dormir la siesta al baño. Despiérteme para el partido de fútbol.
(HUBERTO sale)

ESCENA XXII - CIRILO, el PERIODISTA.

CIRILO: No tema, no tengo la menor intención de violarlo, sino tan solo de interrogarlo. Esta vez usted dará las respuestas y yo seré el periodista. ¿Qué edad tiene?

PERIODISTA: Treinta años, maestro.

CIRILO: Olvídense del maestro. ¿Sexo?... Parece titubear... ¿Qué pusieron en su partida de nacimiento?

PERIODISTA: Sexo masculino.

CIRILO: ¿No ve qué fácil es? ¿Casado?

PERIODISTA: No, maestro.

CIRILO: ¿Entonces, es un Don Juan?

PERIODISTA: No, en absoluto.

CIRILO: Es, verdaderamente, un hombre común. ¿Nunca se le ocurrió soñar con la gloria? No digamos en la escena, sino en la vida, en su diario íntimo, o aún en el seno de su familia... ¿Cuando era chico ayudaba a los ciegos a cruzar la calle para que lo admiraran sus allegados?

PERIODISTA: Creo que ni siquiera eso se me ocurrió nunca. También como niño fui común, señor.

CIRILO: Pero cuando adolescente tiene que haber soñado en convertirse en un gran escritor antes de ser periodista. ¿O es que no escribió nada? ¿Ni siquiera un verso?

PERIODISTA: Me temo que no.

CIRILO: ¿No se le ocurrió nada interesante por lo menos una vez en la vida? Aún por casualidad... ¿Obtuvo algún premio? ¿Practica algún deporte?

PERIODISTA: Sí, el tenis.

CIRILO: Es desesperante, usted está hundido. Con eso, no tiene derecho ni a una columna de diario.

PERIODISTA: Lamento mucho decepcionarlo, señor.

CIRILO: No es usted el primero. ¿Aceptaría una nube de mi narguile? Sublime, ¿no es verdad? Era el narguile de Cocteau, que me lo obsequió cuando dejó de fumar. ¡Y yo, yo aún estoy vivo! ¡No temo morir, sino vivir aplastado por mis recuerdos! Si la vida eterna es esto, hace tiempo que busco la salida. ¿No es cierto que este narguile es sublime?

PERIODISTA: Sublime, señor.

CIRILO: Se lo legaré en herencia, para que me recuerde en sus noches de bajón.

PERIODISTA: Muchas gracias, señor.

40

CIRILO: Me había hecho la ilusión de reencontrar mi propia juventud, pero nada me atrae en usted. Hace treinta años quizás me hubiera parecido deseable, pero tampoco estoy demasiado seguro de eso, y además, hace treinta años, usted acababa de nacer. Reléame lo que dije. ¿Cómo! ¿No toma notas?

PERIODISTA: No señor, confío en mi memoria.

CIRILO: Si su memoria es tan tonta como usted, solo escribirá tonterías. Tome este anotador del hospital y mi Parker. ¿Cuántas páginas calcula escribir? Me gusta saberlo para ir intercalando los impactos.

PERIODISTA: ¿Cuántas páginas quiere?

CIRILO: Poco importa la cantidad, pero quiero mi foto en la tapa. Huberto: qué con mi foto en el papel de Hamlet?

VOZ DE HUBERTO: ¡Socorro! ¡Auxilio!
(El PERIODISTA sale)

CIRILO: ¡El pobre Huberto tiene pesadillas a la hora de la siesta!

ESCENA XXIII - CIRILO, el PERIODISTA que entra sosteniendo a HUBERTO.

HUBERTO: ¡Ay! ¡Una abeja en la bañadera!

CIRILO: ¡Hay que arrancar el aguijón de inmediato! ¡No olvide que es usted diabético!

HUBERTO: ¡Me senté encima!

CIRILO: ¡Marijón! ¡Nunca está cuando hace falta!

PERIODISTA: Permítame ayudarlo.

41



CIRILO: Diríjase al profesor que es el propietario del cerebro que está usando. ¡El es quien debe darle las órdenes!

REGINA: Mío caro profesore, ¿che cosa devo fare?

PROFESOR: Ya le dije que su cerebro marcha solo y no necesita recibir órdenes. ¡Usted es un ser libre!

REGINA: Oh, nobili vestale, ¿che cosa devo fare?

ENFERMERA: No la entiendo cuando habla cantando. Si quiere algo pídale como todo el mundo.

REGINA: ¡Caro Signor Martini! ¡El hermoso, el buen Signor Martini! ¡El destino, después hacerme rodad de amo en amo me ha designado su esclava! ¡Voglio un'ordine! ¡Che cosa devo fare!

HUBERTO: Querida Regina, ¡le ordeno que se calle!

PROFESOR: ¡Ah, no! ¡No diga eso! Es necesario que cante todo el tiempo para que su cerebro no se salga de punto. Cara diva: cántenos una melodía dulce como una canción de cuna... En este momento no quiere siquiera abrir la boca. Pero no es más que un pequeño shock postoperatorio.

CIRILO: Podemos pasarnos muy bien sin su canto. Su sola presencia colma el escenario. Huberto: acomódelo en algún rincón.

HUBERTO: Y yo, estimado profesor, ¿cuándo podré volverme a sentar?

PROFESOR: Volveremos a hablar dentro de una semana.

ENFERMERA: ¿Y yo? ¿Quién se ocupa de mí? ¡Te ocupás de todo el mundo menos de mí! ¡Sabiedo que fumé opio y que te necesito!

PROFESOR: ¡Señora Bongó! ¡Nada de escenas en público!

ENFERMERA: ¡Que todos sepan lo que sos! ¡Moneda falsa! ¡Desde que me casé no volviste a invitarme a tu consultorio! ¡No me querés más porque me casé con un negro! ¡Racista!

PROFESOR: ¡Señora Bongó!

CIRILO: ¡Bravo, Marijó!

HUBERTO: ¡Qué temperamento dramático!

ENFERMERA: ¡Le voy a mandar un anónimo a tu mujer! ¡Le voy a contar cómo me hacías el amor sobre un triciclo!

HUBERTO: ¡Pero es un acróbata!

PROFESOR: ¡Yo te dije que no quería compartirte con otro, Marijó! ¡Tengo mi dignidad de hombre! ¡Pero te juro que nadie subió al triciclo después que vos!

ENFERMERA: ¡Mentís! ¡Te vi entrar con la ayudante de sala!

PROFESOR: No la hice subir a tu triciclo, sino a una escoba.

CIRILO: ¡Sobre una escoba! ¡Pero qué sublime!

HUBERTO: ¡Como las brujas de Shakespeare!

ENFERMERA: ¡En una escoba! ¡Basural! ¡Nunca te creí capaz de semejantes cosas!

CIRILO: ¡Enójese más! ¡Déle rienda suelta a su temperamento!

PROFESOR: ¡Vas a acabarla, roñosa!
(El PROFESOR abofetea a la ENFERMERA)

HUBERTO: ¡Un cachetazo! ¡Realismo de verdad!

PROFESOR: ¿Marijó, lloras? ¿Te lastimé?

ENFERMERA: Te amó, Juan Pedro. ¡Te perdono todo!

CIRILO: Un happy end. ¡Qué desilusión!

PROFESOR: ¿Vamos a andar en triciclo?

ENFERMERA: Estás loco, estamos de guardia...

PROFESOR: Entonces, en la sala de operaciones.

CIRILO: ¡Fuera, partiquinos!

HUBERTO: ¡No se puede confiar en los actores mediocres!

(El PROFESOR y la ENFERMERA salen)

ESCENA XXVII - CIRILO, HUBERTO, REGINA.

CIRILO: ¿Dónde está Boticelli?

HUBERTO: Estará paseando por el jardín.

CIRILO: ¿Y si no vuelve?

HUBERTO: Estoy seguro que volverá.

REGINA: ¡Que se vayan de nuestra morada! ¡Que los vivos se vayan con los vivos! ¡Nuestro reino los ignora! ¡Oh, amor mío! ¿Cuándo vamos a consumir nuestra boda?

CIRILO: ¡Está loca! ¡No estamos casados!

REGINA: Lo estamos, en el reino de los muertos.

CIRILO: Usted estará muerta. Yo no.

REGINA: ¡Ti voglio adesso! ¡Andiamo súbito consumare il nostro amore sul letto!

HUBERTO: Pero Regina, ¡si sale de una operación muy delicada!

REGINA: ¡Si no me quieres vivo, te mataré para poseerte muerto! ¡Así nuestro amor será más excelso! ¿Dónde está el cuchillo del rosbi?

CIRILO: ¡Otra vez?

HUBERTO: Cara Regina, está en su derecho consumir el matrimonio, pero, en mi opinión, no está vestida de acuerdo a la ocasión. No lleva ropa interior adecuada. Para seducir el corazón de un hombre es imprescindible llevar ropa interior picaresca. ¿Entiende lo que quiero decir? Más tarde daremos una vuelta por Santa Fe y mañana estará preparada para consumir.

REGINA: Andiamo súbito a la Santa Fé, bello e buono Signor Martini.

CIRILO: Eso, eso, llévesela a Santa Fé y abandónela allí.

HUBERTO: Un momento, querida Regina.

REGINA: ¡Súbito! ¡Voglio andare a la Santa Fé a comprare le mutandé sexy!

HUBERTO: ¡Después, le digo!

CIRILO: Aproveche la ocasión, Huberto. Cuanto más pronto se deshaga de ella, mejor.

REGINA: ¡Súbito! ¡Súbito!

HUBERTO: ¡Me está estrangulando!

REGINA: ¡Súbito, súbito, la morte súbito!

ESCENA XXVIII - CIRILO, HUBERTO, REGINA, el PERIODISTA.
El PERIODISTA sujeta a REGINA, mientras HUBERTO la golpea en la cabeza con una lámpara.

REGINA: Do - Re - Mi - Fa - Fa...
(El PERIODISTA deposita a REGINA sobre la cama)

CIRILO: ¡Boticelli! ¡Casi morimos estrangulados! Nos salvó la vida! ¿Dónde se había metido, ángel mío?

PERIODISTA: Estaba agregando fichas al estacionamiento, señor.

CIRILO: Huberto, manténgase junto a ella con la lámpara lista. ¡No quiero morir asesinado por una mujer después de toda una vida huyendo de ellas!

HUBERTO: Soy testigo: una vida de pesadilla.

CIRILO: ¡Cuando salía de escena me esperaban de amontonados entre bambalinas! ¡A veces se trepaban por la concha del apuntador! ¡Tenía que hacer evacuar el camarín por los bomberos de guardia! ¡A cuántas no he encontrado ocultas entre mis trajes! ¡Y debajo del diván!

HUBERTO: ¡En Manaos, el ejército tuvo que sacarlo del teatro!

CIRILO: Y mientras más me hacía la loca en el escenario, más me adoraban!

HUBERTO: ¡Una maldición! ¡Una verdadera maldición!

CIRILO: Querido Huberto, ¡me ha sacado de tantas situaciones peligrosas!

HUBERTO: ¡No me lo recuerde, que tenemos una docena de suicidios en la conciencia!

CIRILO: *(Al PERIODISTA)* Pero no dice una palabra. ¿Dígame, le inspiro miedo?



Ana María Casó (Regina Motti) y Jorge Mayor (Cirilo).



Juan Carlos Puppo y Jorge Mayol.

PERIODISTA: No, señor.

CIRILO: ¡Este ambiente de hospital donde todo habla de muerte! ¡Esa mujer espantosa fascinada por mi muerte! Yo mismo esperándola... ¿O usted no sabía que la muerte está aquí, en esta habitación?

PERIODISTA: No, señor.

CIRILO: Vino a buscarme, la siento a mis espaldas.

HUBERTO: No hay duda que está aquí. ¿Pero, a quién viene a buscar? Quizás no sea a usted.

ESCENA XXIX - CIRILO, HUBERTO, el PERIODISTA, REGINA, el PROFESOR.

El profesor entra vestido de safari.

PROFESOR: Estimado maestro, Señores: Sin duda estarán sorprendidos por mi atuendo tropical. Parto al Africa a luchar contra el SIDA. Es lo único que puedo hacer para no volverme loco.

CIRILO: ¿Se va al Africa? ¿Y sus enfermos?

PROFESOR: Los médicos se reemplazan igual que los enfermos.

CIRILO: ¿Pero, y yo, estimado profesor?

PROFESOR: No trate de conmoverme porque seré inflexible. Mi situación actual, peloteado entre mi mujer legítima y Marijó se hizo insoportable. ¿Quiere que confiese la verdad sobre el triciclo? ¡Odio los triciclos! Por lo menos en Africa no se conocen los triciclos.

CIRILO: Tómese un tiempo para pensarlo, profesor. No actúe por impulso sin consultar a sus colegas y decidir.

PROFESOR: ¡Son ellos quienes me empujan a renunciar a mi cátedra de la facultad! Mis métodos de curación les

parecen cada vez más sospechosos. Mi medicina es demasiado humana para el mundo helado de los laboratorios. ¡En África daré libre curso a los impulsos de mi corazón; y no va a ser material humano el que me falte! Le ruego explique todo esto a Marijó. La mandé a limpiar el sótano para alejarla unos minutos, porque temo nuestro último encuentro. Y usted, si quiere un consejo, trátese con yuyos. De cualquier modo se va a morir, pero en el peor de los casos es más agradable una taza de boldo que un goteo en vena.

CIRILO: ¿Una taza de boldo? ¡Pero si ya tengo mi opio!

PROFESOR: Tome los dos. Adiós, querido maestro. Quizás nos volvamos a encontrar fuera de este mundo donde todo es ruido y furia, en algún lugar de otra galaxia. Ha sido usted mi paciente preferido.

CIRILO: Estimado profesor, usted me confunde.

PROFESOR: Perdóneme este momento de emoción, no estoy acostumbrado a llorar en público.

CIRILO: Huberto, su pañuelo.

PROFESOR: Gracias, es la tristeza post-coito. Los romanos ya la conocían.

HUBERTO: Es cierto que Marijó tiene algo de matrona romana.

PROFESOR: Cómo explicar mi gratitud en este momento de melancolía.

CIRILO: Ya pasará. Todo el mundo conoce la tristeza post-coito.

HUBERTO: No sea tan optimista. Puede durar toda la vida. En mi caso, por ejemplo, un solo coito y medio siglo de tristeza. Pero no les diré quién fue la cómplice de ese coito porque les daría risa.

CIRILO: Siempre lo supe, fue su niñera.

PROFESOR: ¿Cómo? ¿Usted también?

HUBERTO: Todos tenemos en nuestra vida una mujer fatal, y con frecuencia es nuestra niñera.

PROFESOR: ¿Es opio? ¿Pero qué va a decir mi mujer si llego drogado?

CIRILO: Puede decirle que es su cumpleaños.

PROFESOR: Cuando yo era niño, mi familia pasaba las vacaciones en un chalet que alquilaba en Mar del Plata. Mi niñera era gorda y rubia y se llamaba Yvonne. Yo deseaba de todo corazón que mis padres me compraran un triciclo pero ella se oponía. Prefería que siguiera en el cochecito donde me ataba frenéticamente. Y mis padres le hacían caso a ella, aunque yo tuviera ya seis años. Un día me decidí a robarle el triciclo a mi vecinita Lili, creyendo que mi niñera dormía al pie de un árbol. ¡Grave error! Me lancé a una loca carrera por las tablas de la rambla con mi niñera persiguiéndome. Y luego, de golpe: ¡patapún! La nariz fracturada, el labio hendidido, los dientes de leche desparramados. ¡Me desangraba sobre la arena cuando mi nodriza se arrojó sobre mí, me bajó los pantalones y me azotó en público! Pero lo peor fue que mis padres encontraron el castigo insuficiente para el crimen cometido y me hicieron pasar la noche colgado de las orejas en la soga de tender la ropa. ¡Mire: todavía tengo las orejas despegadas!

CIRILO: ¡Es monstruoso!

PROFESOR: ¡Y nunca tuve triciclo propio!

HUBERTO: ¡Mi pobre profesor! Las niñeras son los seres más salvajes de la tierra!

PROFESOR: Felizmente no creo que quede una sola.

HUBERTO: ¡Por fin una conquista real del hombre!

PROFESOR: ¡Pero padres habrá siempre, estimado Martini!

HUBERTO: ¡Horror! ¡Horror!

REGINA: Martini... Martini Bianco...

CIRILO: ¡Haga algo, profesor, ya quiso estrangular a Huberto!

REGINA: ¡Martini... Martini Bianco...! ¡Voglio il mio aperitivo preferido!

PROFESOR: ¿Pero qué dice, maestro? Si tiene un comportamiento absolutamente normal; es la hora del aperitivo. ¿Cara diva, come si sentiamo?

CIRILO: Estimado Boticcelli: sírvale un Martini a la señora Morti. Y deslice con cuidado esta píldora en su vaso.

REGINA: ¿En qué teatro estamos? ¿Este es mi camarín? Y usted, quién es usted?

PROFESOR: Somos sus amigos, cara diva.

HUBERTO: Los más fervientes admiradores de su talento.

PERICIDISTA: Su aperitivo, cara diva.

REGINA: Grazie, notevole signore. ¡E bebbiamo al trionfo de stassera! Y a propósito, ¿a qué hora entro en escena? ¿Ya firmé el contrato o no? ¿Cuánto es el cachet? ¿Y quién es mi partenaire? ¡Pero si a usted lo conozco! ¡Es la vestidora del teatro Colón! ¿Usted es el que me enredo en estos vendajes? ¿Tengo que parecer herida en la cabeza? ¿Entonces es una ópera moderna? ¡Pero si es usted! ¡Usted! Sabía que nuestros caminos se cruzarían, señor actor: me sedujo y me abandonó cuando yo no era más que una tonadillera ambulante y su desprecio marcó toda mi carrera. ¡Me juré a mí misma matarlo en la primera oportunidad, la primera vez que lo volviera a ver! ¡Esperé décadas y ahora ha llegado el momento de eje-

cutar mi siniestra venganza! ¿Dónde está el cuchillo del rosbif?

CIRILO: ¡Pero es una obsesa!

PROFESOR: Mi admirada diva: no va a matar a este señor antes de entrar en escena; no habrá olvidado que tiene que cantar esta noche.

REGINA: ¿Quién es usted para darme órdenes?

PROFESOR: Su director de orquesta, cara diva.

REGINA: Tiene razón, caro maestro. Tengo toda la eternidad para saborear la venganza. Maniátenlo y llévenlo a mi camarín. Lo trozaré luego para comerlo después del espectáculo.

CIRILO: ¡Dejen de hacer mal teatro en mi presencia!

PROFESOR: Es usted, maestro, quien teatraliza todo lo que toca. Somos absorbidos por su teatralidad.

CIRILO: ¡Me horrorizan! ¡Saquen a esa mujer antes de que cometa un crimen! ¡Y váyase con ella! ¿No estaba a punto de tomar un avión para el África? ¡Bueno, pues llévesela con usted! ¡Que cante Wagner para entretener a las multitudes sidáticas del África!

PROFESOR: Me siento moralmente abofeteado, maestro. Si lo toma así nos iremos al África de verdad.

REGINA: ¡Al África? ¿Y cuál sería mi cachet?

ESCENA XXX - Los mismos y la ENFERMERA.
La enfermera entra sosteniendo un revólver.

ENFERMERA: ¡Arriba las manos! Ya sabía que querías escapar al África con la cantante de ópera! ¡Miserable! ¡Te

vi violarla en la mesa de operaciones!

PROFESOR: Señora Bongó, comete un error de juicio. Esta dama es mi obra, mi criatura. No puedo abandonarla en manos de cualquiera. En cuanto a las verdaderas razones de mi partida al África, no son más que de orden humanitario.

ENFERMERA: ¿Entonces me dejás, basura?

PROFESOR: Podría reconsiderar mi posición, pero solo desde un punto de vista humanitario. Le ofrezco un puesto de enfermera caba en África con la condición de que se ocupe únicamente de nuestra cara diva. Sería una especie de brazo derecho mío, pero nuestras relaciones personales se acabarían en la frontera, Señora Bongó. Es una condición formal y deberá firmar un documento comprometiéndose a ello.

ENFERMERA: ¿Y te creés que una mujer moderna como yo, que se atrevió a casarse con un negro, se va a convertir en esclava de una vieja chiflada como esta? ¿Y además en África?

REGINA: ¿Chi e questa? ¿Una cantatrice rival? ¡Signorina: un po' di rispetto! ¡Cui la diva sono io!

ENFERMERA: ¿No ves como me trata?

PROFESOR: La trata como cantatrice, que ya es bastante para una enfermera rasa.

ENFERMERA: ¿Una enfermera rasa? ¿Es lo que pensabas de mí cuando me hacías el amor sobre el triciclo? ¿Que no soy más que una enfermera rasa?

PROFESOR: ¡Señora Bongó, estoy harto de sus escenas de celos! ¡Está despedida! ¡Cuelgue el guardapolvo en el vestuario y vuélvase a su casa!

ENFERMERA: ¿Y creés que esto se acaba así? ¡Esto es lo que

hago con tu cantante de ópera!

(Descarga varios tiros sobre REGINA. El PERIODISTA la desarma)

PROFESOR: ¡Cara diva!

REGINA: ¡Ancora una volta mi ritrovo dell'altra parte del sipario della morte! ¡Adiós, mundo de ilusiones que se llama vida! ¡Addio notevoli signori, ci rivediammo presto! (REGINA MORTI, muere)

PROFESOR: ¡Ha destruido mi obra maestra!

ENFERMERA: ¡Y ahora injértele un corazón artificial a su muñeca mecánica! ¡Y te llevás al África! ¡Y la vendés por kilo!

HUBERTO: ¡Querida amiga, tome, hébase un Martini, que es la bebida de las mujeres asesinas!

PERIODISTA: ¿Señor, se siente mal? ¡Señor! ¡Está herido!

PROFESOR: ¡Maestro! ¡Una bala le rozó el cuello! ¿Me oye?

CIRILO: Este arañazo es un signo del destino. Un pañuelo, por favor. Gracias, Marijó: que sea la última vez que fuma opio. Huberto: me preparo para morir a las cinco de la tarde. En la sombrerera que está debajo de mi cama encontrará la peluca que usé en el papel de Hamlet. Y en el perchero el traje. Preocúpese de que el cuello esté siempre almidonado y los zapatos lustrados.

PROFESOR: ¡Hoy no! Querido maestro: ¡No puedo perder mis dos criaturas el mismo día!

CIRILO: ¡El material humano se reemplaza, estimado profesor! ¡Piense en África!

PROFESOR: Pero nunca encontraré un actor de su jerarquía. Querido maestro: ¡díguese dedicarme una jornada de su vida! ¡No muera esta tarde; espere a mañana!

CIRILO: Una jornada es eterna y usted no merece tanto. Ya en las últimas escenas esperaba con impaciencia el final del espectáculo. Quería deshacerme de mi personaje lo más pronto posible. Cuando cae el telón, antes de llegar al camarín, existe un instante en el que uno no es nadie. Es un placer inimaginable. Voy a tratar de deslizarme al Más Allá por uno de esos agujeros negros. Huberto: mi espejo de mano y la base blanca.

HUBERTO: ¿La brillante mate?

CIRILO: La mate. ¿Le gustaría tener un payaso en su bóveda?

HUBERTO: ¿Y para los párpados?

CIRILO: Lila, siempre lila.

HUBERTO: ¿Un toque de delineador?

CIRILO: Ocúpese luego de esos detalles. Y de hacerme las uñas todas las mañanas después del baño. Y, a propósito, ¿hay bañera en el mausoleo?

HUBERTO: Mejor que eso, maestro, hay termas romanas.

CIRILO: Huberto, nunca he alabado bastante su buen gusto.

HUBERTO: Me halaga, maestro. Pero no ha visto todavía lo mejor: la sala de televisión. Está rodeada de columnas de lapislázuli y los sillones son de piel de jirafa.

CIRILO: No tendré ocasión de verla con frecuencia.

HUBERTO: Es para mis momentos de distensión. Cada vez veo más televisión.

CIRILO: Ya está pensando en olvidarme.

HUBERTO: Qué quiere, envejezco.

56

CIRILO: Tome esta servilleta. He garabateado en ella unas frases póstumas. Mi estimado Huberto: es usted la única persona en el mundo a quién debo excusas.

HUBERTO: ¿A mí? ¿Excusas?

CIRILO: Una noche de primavera cuyo año escapa a mi memoria; deshonré a su familia en la persona de su hermana Adelina. Nuestra amistad floreció sobre las ruinas de ese escándalo, pero sé el precio que pagó por esta amistad.

HUBERTO: ¡Tonterías! De cualquier modo, usted me había deshonrado mucho antes de deshonrar a mi familia. Y en cuanto a mi hermana Adelina, por favor no se ofenda, pero ya la había deshonrado yo bastante antes que usted.

CIRILO: Es usted diabólico, Huberto.

HUBERTO: Lo era a los quince años pero el demonio me abandonó.

ENFERMERA: ¡Que me detengan enseguida! Quiero que me juzguen y me condenen a muerte! Pero escribiré mis memorias! Porque yo sí sé lo que es la muerte. ¡He visto sonar cientos de personas ante mis ojos y empujé bastantes a la tumba! Los desenchufaba y los hinchaba de morfina para ser igual que ella, que la muerte. ¡La muerte es mi hermana!

(El profesor abofetea a la enfermera)

PROFESOR: ¿Por quién se toma, Señora Bongó? ¿Por una heroína de Jean Genet? Salud Pública no le pide las memorias de su vida sino que haga su trabajo. ¡Llaman de todas las habitaciones! ¡Rápido, a su puesto! ¡Y me toma de inmediato la temperatura de todo el piso!

PERIODISTA: Tome.

ENFERMERA: ¿Y eso qué es?

57

ENFERMERA: Gracias, tengo que devolvérselo a mi cuñada.

PROFESOR: ¡Y mire lo que hizo con nuestra cara diva! Voy a tener que abrirle otra vez el cráneo para recuperar mi cerebro. Y eso si no lo alcanzó alguna de sus balas.

ENFERMERA: ¡Adiós maestro! ¡Abandono el hospital! Vuelvo a mi casa a ocuparme de mi marido y a tener muchos hijos. Aquí no voy a progresar nunca, pero le prometo que mis hijos serán todos actores, como usted, para que sean célebres.

CIRILO: Si busca la celebridad, hágalos médicos.

ENFERMERA: No me alcanza para eso. Adiós Señor Huberto. Llevaré a mi pequeña familia a visitarlo los domingos a su bóveda.

HUBERTO: Serán bienvenidos, querida Marijó.

ENFERMERA: Adiós, señor periodista. Hágame un buen artículo en su revista, bien que se lo merece. Créame que fue un hombre excepcional, a pesar de que era bastante exigente. Me llevó un año diferenciar todos sus frascos de perfume. Y en cuanto a las pantuflas, tenía una de cada color para cada día de la semana, y si me equivocaba de color, me hacía unos escándalos... Pero tenía un gran corazón. Me dejó todas sus joyas y todos sus saltos de cama.

CIRILO: Marijó: hágame un último favor. Océpese de mi narguile, embeba la bolita de opio en el líquido de este frasco antes de encenderlo.

ENFERMERA: ¿Qué es?

CIRILO: Un veneno azteca.

ENFERMERA: ¡Usted también, no puede hacer nada como todo el mundo!

PERIODISTA: Señor, ¿tengo que quedarme?

CIRILO: Por supuesto que tiene que quedarse. Cuento imperativamente con usted, que es el único neófito en esta comedia de la muerte y nuestro último espectador. Huberto, tiene que hacer una visita de pésame a mi cuñada. Ya sabe que es muy formal, pero no permita que se ponga en la primera fila de mi entierro. Improviséme una iluminación más teatral: baje las cortinas y vele un poco la lámpara de la mesa de luz. Querido profesor: ¿el corazón de esta gran dama ha dejado de latir?

PROFESOR: Su corazón ya no late, y el cerebro que inventé no sirve más que como chatarra. Pero no podría pronunciarme, maestro. Debo reconocer que cada vez soy más proclive a creer en los milagros.

CIRILO: Huberto, adivina mis pensamientos.

HUBERTO: Naturalmente, en el mausoleo tenemos lugar para ella. Tenemos una cripta con aislación acústica donde se le puede arreglar un departamento.

CIRILO: Algo debía a las mujeres antes de morir. Ciertamente esta es la última que hubiera elegido, pero es la que el destino me deparó.

HUBERTO: Una retractación nunca está de más y siempre es un buen gesto para el final. Estoy de acuerdo.

CIRILO: Estimado Profesor: sólo me resta agradecerle estos esponsales póstumos. Es el regalo de cumpleaños más original que haya recibido.

PROFESOR: ¡Maestro! ¡Usted me halaga!

ENFERMERA: Usted es sorprendente, maestro.

PROFESOR: ¡Mis dos obras cumbres expuestas en la Recoleta! ¡Serán los Romeo y Julieta del siglo veinte! ¡Seré el presidente de una obra de beneficencia que llevará su



ENFERMERA: Vuelva a su casa, señor Huberto. Necesita

HUBERTO: No se olvide de su narguile.

dormir. Yo me ocuparé de él y se lo devolveré hermoso mañana por la mañana.

PROFESOR: Saque mi moto del garaje, Señora Bongó. Voy a pasar la noche a Mar del Plata. Y anule todas mis citas para mañana.

ENFERMERA: Está bien, profesor.

PROFESOR: Lo dejo, estimado amigo. Y si llega a tener algún problema de salud, cualquiera que sea, ya sabrá encontrarme. ¡Valor!

ENFERMERA: Vamos. Señor Huberto, nos vemos en la Recoleta.

PROFESOR: Después de usted, Señora Bongó.

ENFERMERA: Le ruego, señor profesor.

PROFESOR: Después de usted, después de usted.

ENFERMERA: ¡Oh, no! Jamás, señor Profesor.

PROFESOR: ¡Acabemos, señora, después de usted!

ENFERMERA: Qué galante, señor Profesor...

(El PROFESOR y la ENFERMERA salen)

ESCENA XXXI - CIRILO y REGINA MORTI, muertos, HUBERTO, el PERIODISTA.

PERIODISTA: ¿Puedo llevarlo, señor? Tengo auto.

HUBERTO: Gracias, tengo carruaje.

PERIODISTA: Bueno, en ese caso me despido.

PERIODISTA: No quería privarlo de tal recuerdo, señor.

HUBERTO: No es más que una copia de utilidad; el original lo tengo en casa.

PERIODISTA: Entonces, gracias, señor. Antes de irme debo confesar que no soy periodista.

HUBERTO: Ya lo suponía.

PERIODISTA: Soy el hijo de su hermana Adelina.

HUBERTO: También me lo suponía. ¿Por qué no lo dijo antes?

PERIODISTA: Cada vez que creía encontrar la ocasión, algo me lo impedía. Creo que él ya lo sabía.

HUBERTO: Quizás ya lo sabía.

PERIODISTA: Estoy contento de haberlo conocido, señor, a pesar de las circunstancias. Adiós señor. Haberlo conocido me ha emocionado mucho.

HUBERTO: Es la segunda vez que se despide.

PERIODISTA: Discúlpeme, señor.
(El PERIODISTA sale con el narguile)

ESCENA XXXII - CIRILO, REGINA MORTI, muertos, HUBERTO

HUBERTO: Cirilo, ¿qué significaba esta historia del veneno azteca?

CIRILO: Gotas nasales, estimado Watson. Su sobrino es el ser más inexpresivo, mediocre, blando y pesado de espíritu que haya conocido. Es el retrato de su hermana Adelina.

HUBERTO: ¿Qué pretende? Es un joven de hoy. ¿O quizás lo hubiera preferido homosexual?

CIRILO: Para decir la verdad, sí.

HUBERTO: Desgraciadamente esas cosas no se heredan de padres a hijos.

CIRILO: Ya hablamos lo suficiente del sexo de los ángeles. Pasemos a asuntos más urgentes. Hoy desempeñaré para usted mi primer papel de travesti. ¿Dónde está la capa de Regina Mortí?

HUBERTO: ¿Usted, maestro? Si me había jurado que jamás...

CIRILO: Hoy reniego de todo lo que he jurado y hasta de lo contrario. ¿Cómo me encuentra, Huberto?

HUBERTO: Temible, maestro.

CIRILO: Siempre será mi mejor público. Y no olvide que desde hoy seré la señora Martini para todo el mundo.

HUBERTO: ¡Maestro! ¡Qué honor! ¡Nunca había osado soñar tal desenlace!

CIRILO: Todo llega en la vida, Huberto. Pero seré una señora Martini insoporable: prepárese a sufrir una tiranía femenina sin misericordia.

HUBERTO: Ya estoy acostumbrado, maestro.

CIRILO: Llámeme Señora. Por lo menos habrá sábanas de hilo en su bóveda...

HUBERTO: Tenemos de todo, Señora.

CIRILO: Entonces, en camino.

HUBERTO: Encontraremos los cerezos aún en flor.

CIRILO: ¿Verdaderos cerezos?

64

HUBERTO: En fin, algunos cerezos.

CIRILO: Esta noche cenaremos a la luz de la luna y yo recitaré para usted interminables versos de Lorca. Ayúdeme Huberto. Tengo que llegar hasta su carruaje.

REGINA: ¡Oh miserable fortuna! ¡En el día mismo de mi boda, mi flamante esposo me roba la capa dándome por muerta! ¡Al ladro! ¡Al ladro!

CIRILO: ¡Huyamos Huberto! ¡Oh! ¡Mierda!

HUBERTO: ¡Cirilo! ¿Su corazón?

REGINA: ¡Questa umiliazone póstuma non posso tolerarla! ¡Mi honor no me permite caer tan bajo! ¡La Regina dei Morti si uccide! ¿Dónde está el cuchillo del rosbif? ¡Addio, umiliante realta! *(Se apunta)*: ¡Addio, caro público! Los espero en el Más Allá per il Grande Finale. *(Canta)* *(REGINA MORTI, muere)*

CIRILO: Huberto, ¿qué hora es?

HUBERTO: Las cinco en punto de la tarde, señor.

CIRILO: Es la hora. *(CIRILO muere)*.

HUBERTO: Quédese con la capa. Esta noche va a ser fría. *(HUBERTO sale)*

ESCENA XXXIII - CIRILO y REGINA MORTI, muertos, la ENFERMERA.

La ENFERMERA entra con una corona de flores.

ENFERMERA: ¡Otro regalo de su cuñada! ¡Uhh! ¡Me había olvidado que estaba muerto!

TELON

65